



Christ Is Risen!

20 de abril, 2025
Protocolo 04/001

Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América,
Mis amados Hijos en el Señor,

¡Cristo ha Resucitado! ¡En verdad, ha Resucitado!

“Este es el día santo y escogido, el primero de la semana, la Reina y Señora, fiesta de las fiestas, la solemnidad de las solemnidades. En este día bendecimos a Cristo por los siglos de los siglos.”

Así cantamos en los Maitines, en la Oda 8 del Canon Pascual. San Juan el Damasceno, el autor de dicho canon, llama a este día «la fiesta de fiestas», y al celebrar esta fiesta de las fiestas, la primera y más grande de todas las fiestas, podríamos hacernos una pregunta que parece muy sencilla -- ¿Qué son las fiestas, y porque las celebramos? Esta pregunta parece particularmente apropiada ya que el mundo a nuestro alrededor se hace más y más caótico y complejo. En medio de tantos cambios y constante agitación, ¿cómo podemos darnos el tiempo simplemente para celebrar y “no hacer nada útil”?

Muchos de nosotros estamos familiarizados con el saludo festivo ruso: *s prazdnikom*. La palabra clave aquí es *prazdnik*, el término ruso para “fiesta” o “día festivo”, que a su vez proviene del adjetivo *prazdny*, que significa “vacío” y, por extensión, “ocioso”. Pero este vacío o inactividad no es una mera ausencia. La fiesta tiene un contenido positivo, aunque no es algo fabricado por el hombre: es algo dado por Dios, algo que nuestra inactividad nos permite encontrar y apreciar. Las fiestas son días en los que dejamos de actuar para que Dios pueda obrar; días que vaciamos de nuestras propias obras para llenarlos con el recuerdo de las cosas de Dios: sus obras, su presencia, su gloria.

Después de todo, como dice el Señor: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Mr. 2:27). Abusamos nuestro libre albedrío, hemos pecado y perdido el gozo continuo de la presencia de Dios, quedando bajo la maldición de tener que comer con el sudor de nuestro rostro (Gn 3,19). Pero Dios, en su misericordia, nos ha concedido el día festivo: un

día en el que podemos volver, aunque sea por un momento, a nuestro estado edénico. Dejamos a un lado el trabajo que es consecuencia del pecado, y nos entregamos, al menos por un día, al verdadero descanso: a la única cosa necesaria, *la adoración en espíritu y verdad*, cuya hora «viene, y ahora es» (Lc 10,42; Jn 4,23). Como cantamos en el canon, la fiesta es el día en que bendecimos a Cristo por los siglos de los siglos.

El día festivo, de esta manera, se convierte en un icono de la persona deificada, llena de las energías divinas: es Dios quien actúa, no el hombre. Los santos vacían sus corazones, sus vidas, su ser entero de todo lo mundano y pasional, para que Dios habite en ellos como en su santo templo. Así también, la fiesta es icono de la vida futura, en la que los elegidos ya no conocerán trabajo ni afán, sino sólo el banquete eterno del Reino, la incesante adoración celestial al único Dios en Trinidad.

Así, en este *primer sábado de los sábados*, ruego que todos podamos dejar a un lado nuestros trabajos cuaresmales y alegrarnos en el día que el Señor ha hecho: el Domingo Radiante, su gran y santa Pascua (Sal 117,24). Siguiendo las huellas de nuestro Maestro que se anonadó a sí mismo, trabajamos durante seis semanas para purificar nuestros corazones y nuestras vidas de todo lo que no es digno de Dios, no para quedar vacíos, sino para ser llenados, cada uno según su medida y capacidad, con la gracia que Cristo trae al mundo mediante su vivificante Resurrección. Cristo descansó tras sus seis días de obra creadora; y ahora, después de nuestras seis semanas de esfuerzo cuaresmal, Él nos llama a entrar en su descanso, a hallar nuestra paz en Él y en la gran salvación que ha obrado para nosotros sobre el Madero.

¡Cristo ha resucitado! Él es la Paz de Dios, la Paz divina en persona, y así, en medio de un mundo agitado y vertiginoso, encontramos la paz eterna en su *fiesta de las fiestas*. Que la gracia, la paz y la alegría de su Resurrección permanezcan con todos ustedes, ahora y por los siglos venideros.

Saludándolos con alegría festiva y gozo pascual, y asegurándoles mis oraciones y bendición primacial, permanezco
Suyo en Cristo,



+Tikhon
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América y Canadá